

## APARIENCIA Y TRANSFIGURACIÓN

### *La obra reciente de Gabriel Macotella*

Siempre he admirado la dimensión humana en la obra de Gabriel Macotella. No me refiero nada más a la presencia frecuente, pese a su abstraccionismo, de figuras antropomorfas en la multiplicidad de las asociaciones que sugiere su representación, ni a la continuidad con que el artista reproduce ámbitos que podríamos llamar sociales o públicos, sino a su concepción del hecho pictórico como un acto de comunicación, esto es, como lenguaje, atributo específicamente humano.

Macotella concibe a la expresión plástica como un medio privilegiado para comunicar: emociones, ideas, sentimientos. Con un valor enunciativo de alta intensidad, mediante un estilo dinámico, feraz, casi barroco pero contenido, profundamente lírico, de una enorme fluidez y cargado de una multiplicidad de significaciones que expresan los sutiles matices de una interioridad a flor de piel, el arte de Macotella representa uno de los momentos más lúcidos y luminosos de nuestra actual pintura.

Rozando apenas los límites de la figuración, traza un conjunto que no es excesivo llamar deslumbrante de rostros, máscaras, bustos, frondas, tallos, selvas, mares entrevistos a través de ventanas que se abren hacia adentro, hacia un ámbito larvario donde pululan los rasgos de una fuerza que destella y deslumbra en su potente originalidad.

Como la mejor pintura abstracta, la suya es una tensión continua entre espontaneidad y rigor, un diálogo entre reflexión e intuición. Pinceladas, trazos, manchas, escurrimientos, salpicaduras, rayaduras se conjugan para crear un espacio imantado. El cuadro es resultado de su propia génesis. El intrincado dibujo del azar sin cesar se transforma, creciendo como un ávido rizoma en el trazado de su propia e inmediata transfiguración. Surgen así paisajes que son vetas que son caras que son lagos que son troncos que son... Variabilidad continua de los rasgos de una apariencia oscilante.

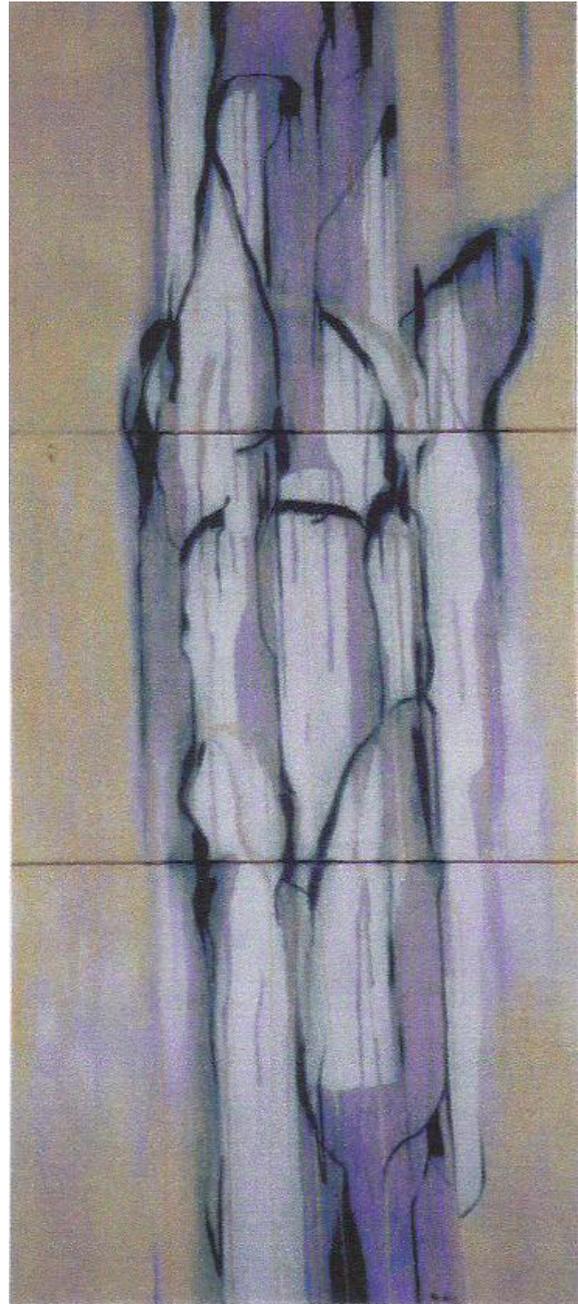
El abstraccionismo “humanista” de Gabriel revela las estaciones de una búsqueda de la forma que está más allá ¿más acá? de la forma, una búsqueda que no pretende reflejar ninguna “esencia” formal ni expresar ningún “naturalismo”. Al contrario, Gabriel mira a la naturaleza, y a la naturaleza humana, con la intencionalidad de un subjetivismo nacido del sitio donde los ojos convergen con las manos y delante del cual surgen, manan, se destilan, con una espontaneidad entrañable, imágenes en perpetua concreción.



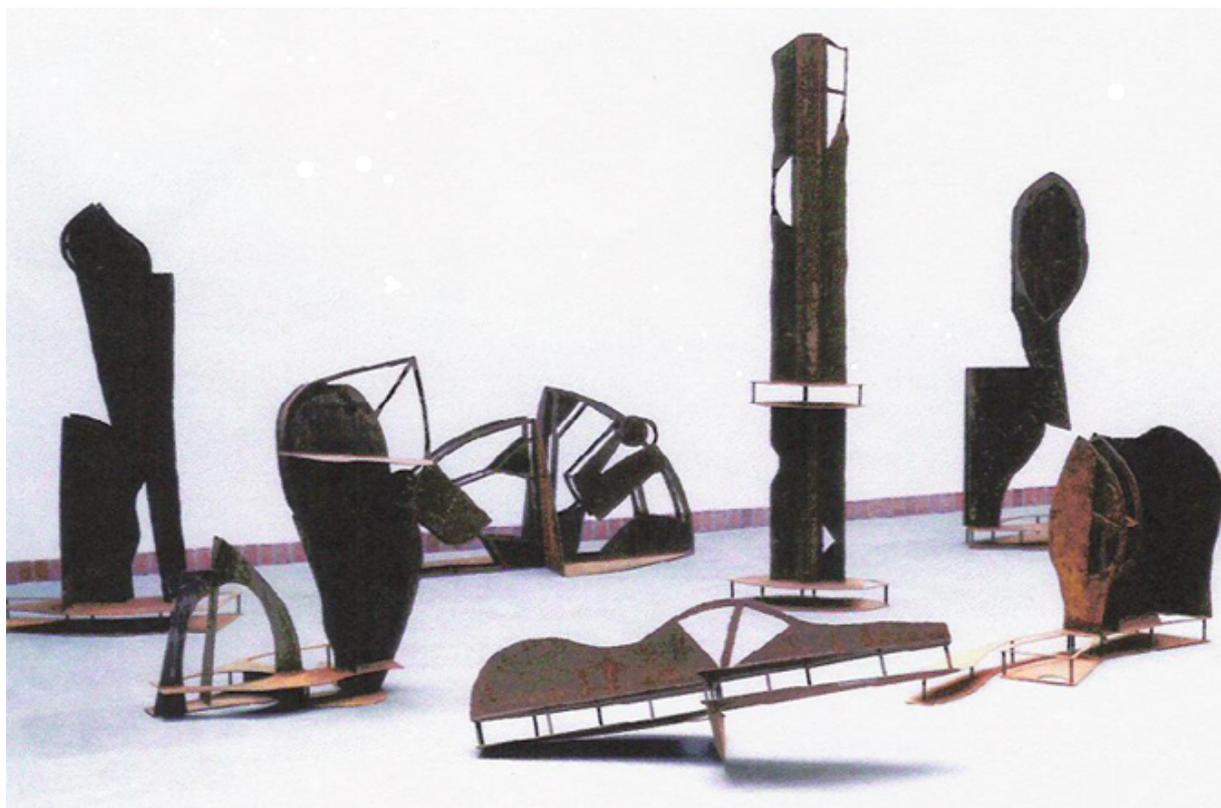
Macotella compone su urdimbre de líneas y colores como el pescador echa la red. No sabe a ciencia cierta qué puede aparecer entre los hilos de la trama pero de esa incertidumbre hace su vocación y su ventura. Y sabe reconocer cuándo lo que viene de *allá abajo*, significa una proposición, un hallazgo, un acontecimiento nuevo. En este proceso que podríamos llamar de coagulación de lo fluido, Gabriel descubre figuras bellísimas con la naturalidad de quien ha comprendido que la apariencia es el rostro del ser. Con efusión el pintor vuelca su retícula en el mar de las formas y extrae centelleantes tapices tejidos con arabescos constelados, llanuras de esponjas de sal verde, una jungla de pájaros flamígeros. La síncopa de las nervaduras traza órbitas donde parece latir el pulso primordial, el plasma del origen, como una metáfora de la circulación de la vida, como si del fondo de la tela ascendiera un oscuro deseo de encarnación.

La lenta aparición de rostros, el empuje de troncos, nudos, ramas, la elevación de torsos, de tallas, de tótems cuyo ímpetu vertical desborda el espacio hacia arriba, crea otro espacio que los ojos no ven pero presienten. Y si bien Macotella conserva barruntos de la imagen a manera de contrapunto, la densidad del ámbito estrictamente plástico de que están hechas estas visiones invalida cualquier intento de interpretación, cualquier abuso de las articulaciones conceptuales. Para Macotella ver es sinónimo de imaginar.

La gama de colores empleados: marrón, ocre, verde, azul, gris, tonos predominantemente térreos, terráqueos, acentúa la calidad material de esta pintura. Se diría que mediante esta gama Gabriel explicita y define el espacio de sus composiciones. Ámbitos que evocan intensos estados de ánimo, trazos que se desarrollan con la constancia de un ser vivo, ramificaciones en el tejido cromático, el reflejo de un bosque en el agua clara mínimamente enturbiada de un estanque, napas donde se presiente la exhuberancia de la selva, el viento en un barranco de nubes, la fosforescencia de las olas, el mar nocturno. Paisajes interiores, que revelan no el mundo que nos rodea sino la realidad que llevamos dentro. Incesante metamorfosis. En la obra de Gabriel opera una “dinámica fundamental de fuerzas no solamente físicas”, para usar la expresión de Ives Bonnefoy.



En su predilección por materiales poco prestigiosos: cartón, chatarra, desechos, Macotela ha desarrollado una muy fina sensibilidad matérica. La conjunción, el ensamble de líneas, planos y volúmenes, la sutileza de las texturas, la conciencia de la composición multiplica el fulgor de las telas que vibran cruzadas por seres, colores y formas.

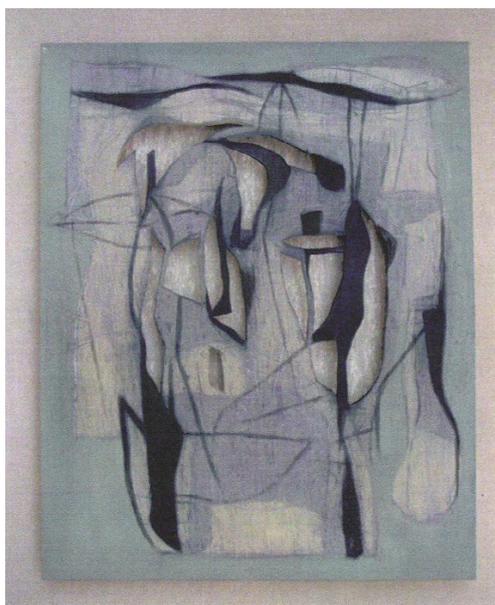


Gentes, ciudades, torres, fábricas, patios, muebles, muelles, minas, cuartos: espacios físicos que también son espacios sociales, concebidos para la existencia humana, para la co-existencia. Los ámbitos creados por el arte pictórico y escultórico de Gabriel Macotela están enfocados a connotar —y a cuestionar— la vida en común ¿solidaria?, a la medida justa de los hombres: son su celebración y su crítica. Esta dimensión se añade a la concepción de la pintura como un acto de lenguaje a que aludí al principio. Estamos frente a una metafísica que tiene como horizonte la presencia de lo humano.

La intuición, la rapidez serena y como lúdica con la que Macotela puebla el mundo de seres y formas, enlazando figuras que aluden a la multidimensionalidad del espacio y que comportan una importante carga de inspiración y azar, supondría el placer de las especulaciones inmediatas. Nada más engañoso. Esta obra ha sido concebida con el rigor de un compendio de fuerzas. Frente a ella podemos sentir la gravitación de la belleza actuante en su campo de atracción. Aparición de las apariencias: indicios, señales, trazas.

Como esas enigmáticas figuras mitológicas que emergen de las olas revestidas de algas, las imágenes de Gabriel aparecen tatuadas por estrías de emociones y reminiscencias superpuestas. Entre la efusión de líneas y formas surgen, como lomos de delfines, seres oscuros, momentáneas pulsiones de sombra que flotan, pululan, se desplazan, una red prolija de contornos, ramificaciones, engrosamientos de la malla que sustenta y expande la composición. Arroyos de noche surcando la luminosidad del cuadro, trazos endrinos y ondulantes que fluyen desde su lecho de silencio como las conexiones en un cerebro infinito y comunicante.

Sabemos que se trata de agujeros porque en ocasiones una silueta semejante ha sido vaciada, permitiendo a través de su vano entrever la superficie previa, como en los paisajes huecos, donde Gabriel ha recortado el contorno de algunas figuras y por su ausencia nos deja ver otro plano abierto dentro del cuadro, un fondo inaprehensible, viscoso, lecho de pantano cósmico donde acecha, como un animal agazapado que incubara la vida en sus vísceras, una sustancia amorfa, ¿el germen de otros cuadros?



Hornacinas nocturnas, hoyos negros —que podrían engullirlo todo— flotando en medio del tramado de formas, fisuras en la vibrátil red de la representación, que sin embargo no “absorben” ningún cuerpo, al contrario, hacen aparecer, como un signo insustituible, la consistencia de su interioridad, como si en el molde de su dintorno se hubiera lentamente destilado el vacío y hubiese cristalizado en formas que lo contienen y lo expresan. En el extremo del extrañamiento una porción de estos fluctuantes agujeros negros se ha materializado, ha cobrado cuerpo en un grupo de esculturas —una “familia” la llama Gabriel—, cuyos volúmenes ofrecen a nuestra imaginación una muy amplia variedad de referencias. Formas puras, monocromáticas, fluidas. Ensamblaje de planos de una rara organicidad plástica. Torres, rampas, plataformas: edificios (¿tal vez habitantes?) de una ciudad fantástica.

Estas formas han surgido de un vacío, se han colmado del contorno vacante de una oquedad. Son *en apariencia* el cuerpo encarnado de una ausencia, o mejor, de otra presencia, de una suerte de antipresencia. Su aparición plantea varias preguntas. ¿Quiénes son estos seres y qué nos dejan ver a través de su *adentro*? ¿A dónde dan las ventanas que han abierto? ¿Somos lo que está en nosotros? ¿Qué late del otro lado de esta apretada red de agujeros?

Bajo la superficie se pueden percibir los gestos de una designación alusiva y elíptica. Las cosas, los seres, no son lo que aparentan. La apariencia es signo de algo, que parece pero no es: a punto de identificarlo, se vuelve otra cosa. En muchas de estas obras podemos ver no hacia adentro sino la propia interioridad cristalizada. Reconocemos la plenitud de su apariencia: fulgor de lo inmediato tangible. Un instante después la certeza se desvanece. El mundo es ya otra cosa. Macotella ha captado el elusivo instante de su transmutación.

Transfiguración de las apariencias: en el cielo terráqueo del cuadro el espacio se ha vuelto un pedazo de tiempo.